

CARTA DEL DIRECTOR

La involución venezolana

Se puede volver atrás en la historia? La misma historia nos dice una y otra vez que sí. Aunque exista una línea amplia de pensadores y analistas que afirman que la Humanidad es un proyecto en progresión permanente, lo cierto es que a veces los países, las culturas, las civilizaciones, en lugar de evolucionar involucionan, digan lo que digan las cifras del conjunto planetario. Y eso sin necesidad de guerras o catástrofes manifiestas.

Tenemos en nuestros días un ejemplo claro e indignante: el de Venezuela. Sobre las cifras de las decenas de muertos que ya han producido hasta la fecha los enfrentamientos entre el gobierno de Maduro y la oposición, hay indicadores que resultan mucho más preocupantes. Y que ilustran mucho mejor el daño que un mal gobierno -o peor, una suma de malos gobiernos- puede infligir a un país, por importantes que sean sus recursos. Los últimos datos sobre epidemiología, publicados por la propia Gaceta Oficial venezolana y firmados por el Ministerio de Salud, reflejan una realidad espeluznante: la difteria, erradicada hace 24 años, ha regresado y registró 324 casos el año pasado; la malaria repunta hasta el 76,4 por ciento; la mortalidad materna aumenta el 65 por ciento y la mortalidad infantil el 30 por ciento. Una realidad cuyo maquillaje no ha sido suficiente para impedir la destitución fulminante de Antonieta Caporales, la titular de la cartera sanitaria desde hacía cuatro meses.

Cierto es que comparar, en un mismo boletín informativo, los 324 casos de difteria en Venezuela con los 1.069 muertos que ya ha causado el brote de me-

CARLOS AGANZO

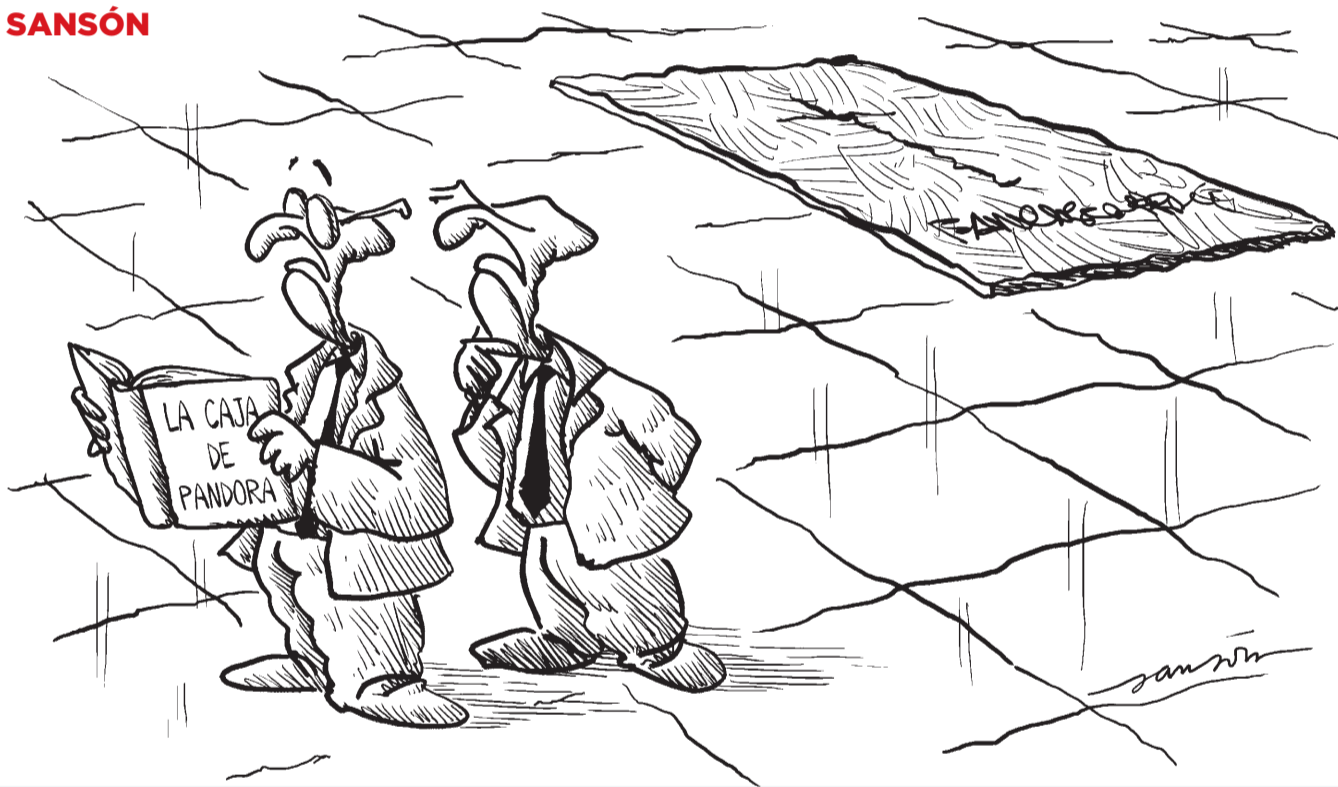
ningitis en Nigeria podría parecer ofensivo para el país africano. Pero si combinamos los datos que proporciona la gaceta de la República Bolivariana con las imágenes, captadas en mayo pero difundidas ayer, de una tanqueta de la Guardia Nacional pasando dos veces por encima del cuerpo de un manifestante de 22 años, la 'progresión' venezolana empieza a cobrar tintes de tragedia. Si es que no lo tenía ya. Algo que contrasta cada día más con esa quinta posición teórica del país -después de Brasil, México, Argentina y Colombia- en el ranking de las economías iberoamericanas.

Albert Einstein escribió que «la palabra progreso no tiene ningún sentido mientras haya niños infelices». Un número demasiado alto de niños venezolanos no son infelices, sencillamente porque se mueren antes de cumplir un año de vida. Y los que lo consiguen, desde luego, tienen por delante un panorama que se parece muy poco al de la felicidad. Y eso, digo, sin necesidad de una declaración oficial de guerra; acaso porque las guerras, tal como las entendimos en el siglo XX, tienen hoy otros campos de operaciones, instalados férreamente en el día a día de una sociedad. Una sociedad que todavía quiere llamarse civilizada.

Caminar contra la historia. Contra sus inmensas posibilidades. Contra sí misma. Esto es exactamente lo que está haciendo la Venezuela regida por el caudillo Maduro. Pocas veces en la historia reciente un apellido ha provocado un sarcasmo mayor. Una maldición tan grande.



SANSÓN



INTRUSO EN EL NORTE

Acostumbrarse al topillo

JESÚS NIETO JURADO
ESCRITOR Y PERIODISTA



twitter.com/jesusNjurado

Vivir pasa por acostumbrarse a la plaga y al aburrimiento. Al día que sigue al otro; a la helada negra y a la cencellada. A los días de fuego y a la noche oscura. Al listo del pueblo que discute al televisor en la hora del telediario, y al solterón empedernido que siempre te arrastra al penúltimo cubata en esos días que son laborables para el buen cristiano. Lo ha dicho el jefe del Área de Plagas del Instituto Tecnológico Agrario (ITACYL): los agricultores tienen que acostumbrarse a vivir con el topillo como ya lo hacen con el pedrisco, la sequía, o con la escarcha por Pentecostés. De manera que uno piensa que vivir pasa por torear con varios hijos el cambio climático; por sobrevivir a los domingos sin fútbol o al culebrón de Ortega Cano, que hay que ver crecer a tus criaturas y a los topillos, que también son los pobres hijos de Dios y de la Biología: como ese señor de Totana que se dice abertzale. Animalillos.

El hombre es un topo para el hombre desde los políticos se tomaron demasiado en serio su oficio de 'abajofirmantes', y así todo cultivo en España es como un cultivo de heces. El jefe del Área de Plagas de la cosa agraria alerta de las leyes inexplicables de la naturaleza, que si bien son inexplicables, también aparecen en el «Calendario Zaragozano» de Mariano Castillo y Ocsiero. Los topillos van y vienen, en esa cosa guadianesca que tiene la historia natural entre Saelices de Mayorga y Nava de la Asunción, entre Candelario y Mansilla del Esla. El ITACYL ha dado en el clavo de la evidencia con rigor científico y voz de profeta predecible: el topillo está ahí para obligarnos a la quema controlada y no fiarnos ni del Cielo por asalto ni del suelo con rodentocida. Por lo demás, Disney sublimó a los roedores y a los ciervos, y condenó de oídas al lobo.

T Seguramente usted haya oído hablar de la corrección política, y tendrá alguna idea de lo que significa.

Pero es muy posible que esté un poco confundido, porque tal expresión tiene, al menos, dos usos distintos. Uno, más popular, identifica lo políticamente correcto con el pensamiento mayoritario sobre una cuestión. Sin más matices. Es un enfoque que pone el énfasis, sobre todo, en la dificultad que siempre ha existido para salirse del redil. Opinar distinto tiene coste, y, por ello, no abundan los librepensadores.

Pero el significado más preciso de la corrección política hace referencia a una visión ideológica que defiende un ideal de respeto a las minorías y a la diversidad. Y que, en coherencia con ella, busca aislar y limitar las expresiones no conformes con esa visión. Inicialmente fue un movimiento que abogaba por una auto regulación social, voluntaria e impulsada, de forma sosegada, desde la educación. Pero en la misma medida en la que logró convertirse en sensibilidad mayoritaria se tornó más impaciente e imperativa: sus partidarios empezaron a soportar cada vez peor que, después de años de 'educación en valores', hubiera aún gente que no acatara su peculiar forma de entender el respeto, y sur-

FUERA DE CAMPO

Derecho a disentir

VIDAL ARRANZ

vidal.arranz@telefonica.net



gieron voces que reclamaban medidas más impositivas; incluso desde las leyes.

En Estados Unidos, donde surgió, derivó hace años en una (hiper) sensibilidad que ya es fácil percibir como aberrante (y contra la que surgió el fenómeno Trump) que se ha convertido en un peligro para la convivencia, e incluso para la inteligencia. Hoy, en las universidades americanas muchos abogan por expurgar de los temarios todo lo que pueda ofender a alguien. Justo lo contrario de lo que cabría esperar en un lugar de pensamiento.

La paradoja de la corrección política se resume en la idea de que hay que ser intolerantes con los intolerantes. Un principio inquietante ya en la teoría, pero más aún en su aplicación práctica. Hoy vemos como tal etiqueta, u otras similares, se lanzan sobre el que discrepa, y ese blasón legitima cualquier coacción o censura. Incluso desde la Administración.

El caso de Alicia Rubio es muy revelador. La autora del libro 'Cuando nos prohibieron ser mujeres y os persiguieron por ser hombres' no defiende nada que no pueda defenderse en un régimen de libertad de opinión, pero se ha visto demonizada y sometida a una campaña sistemática de boicot. El último capítulo ha sido su cese como jefa de estudios en el instituto donde trabaja, por motivos inequívocamente ideológicos. Pero los grandes medios -que la hubieran convertido en heroína si sus problemas estuvieran motivados por su tolerancia con ETA, como ha ocurrido con una actriz, por ejemplo- no consideran, en cambio, digno de defensa su derecho a discrepar. En España, hoy, quien ampara la violencia cuenta con cierta tolerancia social pero, en cambio, cuestionar la ideología de género es inadmisibile. Ustedes dirán si esto es normal.